

de su parte. Si ha corrido harta sangre de nobles, mas sangre sospechamos que ha de correr todavía; porque eso tienen las contiendas civiles en todos tiempos, que son mas sangrientas que las otras. Ahora don Ramiro va en busca de mayores fuerzas y ajeno amparo; sin duda que obtendrá uno y otro, sin duda que volverá, y entonces habrá larga ocasion de ocupar otros capítulos con su persona. Pero en el entre tanto, la crónica nos llama á otra parte, que es á la gran ciudad de Huesca, para ver lo que aconteció en ella desde que la abandonó don Ramiro en compañía de su fiel escudero Aznar.

Natural era que hubiese gran confusion en el alcázar al notarse la falta del prisionero, al ver cadáveres á los guardas y forzadas las puertas, sin hallar á todo esto rastro alguno ni indicio que denotase cómo y cuándo hubiera podido ejecutarse tan arriesgada fuga. Al punto ardieron antorchas, relumbraron espadas, sonaron clarines, alzáronse pendones, cundió la alarma por toda la ciudad y los lugares comarcanos.

No hubo ricohombre de cuenta que no saliese con numeroso escuadron al campo en demanda de los fugitivos; quier por un camino, quier por otro, por acá y por acullá, con el aguijon cada uno de hacer suya la presa, y todos con el deseo de que no se les fueran á tierra extranjera, de lo que á ellos podrían seguirseles grandes daños.

Vano empeño; pasaron horas y horas, y fueron volviendo los ricoshombres cansados de caminar

CAPITULO XV.

**Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas.**

Manténgavos Dios, señor.  
— Adalides bien vengades: pues ¿qué nuevas me traedes del campo de Palomares?  
— Buenas las traemos, señor, pues que venimos acá... que nos pesó ó que nos plugo hobbir de pelear.  
Los cuatro de ellos matamos los tres traemos acá.

ROMANCE VIERO.

Dejemos al rey don Ramiro con sus almogávares; dejémonos de lamentaciones y reflexiones históricas. Ello es que anda encendida la discordia entre el rey y los ricoshombres, y que los hijos de la montaña, los valerosos almogávares van puestos

noche y dia, sin hallar á sol ni á sombra al rey don Ramiro.

Solo se notó que Roldan, el mas activo y determinado de los ricoshombres, tardaba mas que los otros.

Mas viendo que alcanzar al rey no parecia ya posible, los ricoshombres se constituyeron en cortes en el alcázar de Huesca, y allí comenzaron á proveer y determinar en todo, acudiendo á las turbulencias que amanecian en el reino, y á gobernar las cosas en cabeza de la tierna princesa doña Petronila, á la cual guardaban separada de su madre en casa de la dueña del buen almirante Miguel de Azlor.

Y no descuidaron los ricoshombres, mal aposentados en el alcázar de los reyes, ni era cosa de descuidar el fortalecer la ciudad, y buscar armas, y levantar soldados, y prepararse para la guerra si llegaba á ser necesaria, sino que en el mismo dia en que faltó el rey de Huesca, comenzaron á tratar en todo ello.

En tanto la reina doña Inés y su fiel Castana, vueltas á su aposento, pasaban horas de indécible angustia.

El resto de la noche en que se escapó don Ramiro del alcázar, la emplearon en orar; la esposa no podia olvidar al esposo, Castana no sabia apartar de su memoria al almogávar.

Mas no bien rayó el dia, doña Inés dijo á Castana:

—Es preciso que busquemos á mi hija.

—¿Creeis que los ricoshombres os la devolverán? contestó Castana.

—Dénmela ó no, iré á buscarla ahora mismo, porque yo no sé ya vivir sin ella. Es un trasunto de su padre, Castana; ¿no has reparado en eso? Vamos á buscar á mi hija.

Y salió como una simple dueña seguida de su doncella.

En cuanto se mostró en la calle, á pesar de que cuidadosamente se cubria el rostro y el talle con un largo manto, las gentes comenzaron á murmurar entre sí, mas no tan bajo que no llegase á sus oídos:

—Es la reina doña Inés. ¿Qué afligida va! ¿Pobre madre! ¿Le han quitado á su hija! decian los mas indiferentes.

Otros mas leales exclamaban.

—No es vergüenza que la reina de Aragon vaya de esa manera, sin escuderos que la sirvan, sin alabardas que la defiendan? ¿No seria mejor que nos pusiésemos de su parte, que no de parte de esos soberbios ricoshombres?

Pero aquel dia andaba Huesca tan llena de soldados y caballeros, que ponía respeto en los mas audaces; y aunque muchos compadeciesen á la reina, ninguno habria osado darle ayuda ni decir en alto sus intenciones.

Así, paso entre paso, llegó la reina doña Inés en casa de Ferriz de Lizana.

—Este como el mas viejo y mas autorizado de los ricoshombres sabrá de mi hija, y aun acaso recuer-

de al verme su lealtad antigua y me la devuelva!  
decía la reina.

— ¡Que no conozcais aún á estos señores! respondía Castana. Habed por seguro que no os la devuelvan.

Hallábase la plazuela donde se levantaba la casa de Azlor obstruida de gente que hablaba entre sí como de una cosa extraordinaria, y á duras penas pudieron llegar al zaguan.

El gentío se agrupaba principalmente en derredor de un hermoso caballo ricamente enjaezado que se mostraba muerto delante de la puerta.

— ¡Pobre animal! decían unos.

— Así debió ser de larga la carrera, añadían otros.

La reina, sin parar mientes en aquella compasión popular, que así se empleaba en su persona como en el muerto caballo, mandó á un escudero de la casa, que avisase á su señor de cómo allí había una dueña que lo buscaba.

Un instante despues Ferriz de Lizana, galante como todos los caballeros de su tiempo, salia á recibir á doña Inés y la introducía en una estancia que en lo suntuoso podia competir con las mejores del regio alcázar.

Allí estaba el valeroso Roldan cubierto de polvo, bañado en sudor, pálido el semblante, denotando en todo su exterior hondo cansancio.

— ¿Queréis, señora, que hablemos en puridad vos y yo solos?

— Me retiraré, añadió Roldan con un una profunda reverencia.

— No; no os retiréis, Roldan; á los dos vengo á hablaros, y los dos habeis de poner remedio en mi cuita, respondió la reina descubriéndose el rostro.

— ¡Sois vos, señora! exclamó al verla Ferriz de Lizana, un tanto embarazado.

— Vengo, Lizana, dijo doña Inés, á que me deis mi hija; ¿dónde estará mejor guardada que en mis manos? ¿quién es mas digna de tenerla que yo?

— Se trata, señora, de la seguridad del reino; esa niña augusta pertenece mas que á vos á sus vasallos. Los ricoshombres del reino la custodian, ¿qué podeis temer?

— Temo no poder vivir sin ella, Lizana; es un retrato de su padre, es lo único que me queda ya en el mundo.

— Su padre, replicó entonces con ronca voz Lizana, anda mal aconsejado de algunos dias á esta parte. ¿Sabeis, señora, que ha levantado pendones contra Aragon? ¿Sabeis que ha empuñado las armas en la montaña, como si fuera un salteador? Aquí teneis al buen caballero Roldan, que os dará largas noticias de lo que ha hecho su padre. Cincuenta hombres de armas, escogidos; cincuenta vaquientes de aquellos que conmigo pelearon contra moros; cincuenta guerreros, la flor de Aragon, han sido hechos pedazos por su hueste de bandoleros. El mismo Roldan no debe la vida sino á un milagro.

Y al decir esto comenzó á dar paseos por la sala con una agilidad que contradecía sus años.

—Lizana, repuso doña Inés; á mí no me toca hablar en esas cosas; ni sé, mas sino que amo á mi esposo con toda mi alma, y que no puedo vivir sin mi hija. Pero, ¿no os parece, que si el rey ha levantado pendones contra vosotros, aun es mas criminal que vosotros los levanteis contra él, siendo sus vasallos, y que osárais aun ponerlo preso?

Férriz de Lizana apenas pudo reprimir una exclamacion de despecho; las palabras no acertaban á modularse dentro de sus labios; su ceñudo gesto denotaba que hervia su sangre en ira como en los tiempos de la juventud.

—Bien decís, señora, respondió al cabo, que no puede tratarse con vos de estas cosas; y aun por eso os ruego que las dejemos aparte, y que me perdoneis si no puedo devolveros á vuestra hija: hoy con mas razon que nunca deben custodiarla los ricos-hombres del reino.

—¿No habrá piedad para una madre, Lizana?

Mirad que es mucho rogaros una reina.

—No puede haberla, señora; disponed de mi sangre, mas no me mandeis que deje de atender al bien del reino.

—Esta bien, Lizana; dijo la reina. Preferid á la lealtad el interes, que eso es lo que ahora se nombra bien del reino; preferidlo en buen hora, que Dios ayudará mas por eso á don Ramiro para que castigue á los rebeldes, y á mí me acrecentará en fuerzas para rescatar á mi hija.

Y sin decir mas, se salió de la estancia; en la an-

tesala la aguardaba Castana, y juntas tomaron de nuevo el camino del Alcázar.

Allí permanecieron encerradas largos quince días, sin oír á nadie ni ver á nadie, sin noticias de don Ramiro ni de la tierna princesa. Al cabo una tarde que era de las hermosas de primavera, sintieron unos golpecitos á la puerta del aposento, abrió Castana, y entró un almogávar.

—¿Aznar! dijo Castana; ¿tú por acá? ¿Cuántos deseos tenia de verte!

—No serian tantos como yo tenia de hallar esos tus ojuelos, que hieren mas que flechas de almora-vides, y son mas dulces que miel de abejas; pero oye, Castana, ¿dónde está tu señora?

—Que éntre, gritó desde adentro la reina doña Inés, que habia conocido la voz.

El almogávar entró con respetuoso continente, pero sin perder su natural desembarazo.

—¿Dónde has dejado á tu señor, Aznar? le preguntó la reina.

—Hélo dejado, señora, á dos jornadas de aqui; viene en compañía del conde Berenguer de Barcelona, y traen junta copiosísima hueste de catalanes y aragoneses.

—¿Tan cerca? repuso la reina con indecible júbilo. Tú no sabes, Aznar, lo que deseo su venida. Sábetes que esos rebeldes ricos-hombres no han querido devolverme á mi hija, y que todos los días vienen á este alcázar y entran en las salas reales y desde allí disponen á su antojo de todo.

—Ya devolverán á vuestra hija, ó por mejor de-

cir, ya se la quitaremos bien en mengua suya; y de las salas de este alcázar, por cierto que han de salir no tan soberbios como entraron.

—Pero, ¿estás seguro del triunfo? ¿Estás seguro de que podrá vencer el rey á los rebeldes? Mira que son poderosos, Aznar.

—Y ¿qué importa que lo sean, señora? Como diebres huirán de la hueste del rey, ó de no, caerán como haces de mies al filo de nuestros hierros. Y harto siento yo que el rey haya determinado conceder perdón á sus delitos, con tal que no hagan resistencia; resistiéranse ellos en buen hora y acabará de una vez en Aragon tan mala semilla.

—¿Traes tú el perdón?

—No, sino el honrado Pedro de Fivallé, que es como escudero del de Barcelona, al cual llaman rey de armas.

—Y ¿crees tú que lo admitirán los ricos hombres?

—Tengo por cierto que no lo admitirán.

—Y ¿qué hacer en tal caso?

—¿Qué hacer? El rey y el conde llegarán de todas suertes á la ciudad, y si hallan abiertas las puertas entrarán pacíficamente; si no las quebrantarán y harán portillo en el adarve. Y si al entrar por la ciudad tañimos cierta campana Fivallé y yo en señal de que han solicitado el perdón los rebeldes, no habrá en ellos matanza; mas de otra suerte sus casas serán entradas á sangre y fuego, y sus cuerpos hechos pedazos en pena de encubrir tan traidores animos.

—Que horror! Aznar, ¿ha mandado eso el rey don Ramiro?

—No; mas por él halo dispuesto el conde de Barcelona, que parece hombre de esfuerzo y dignísimo de llevar corona en la cabeza; de nuestro buen rey don Ramiro fué solamente el mandar que primero se les brindara con el perdón.

En este momento sonó una trompeta en el patio del alcázar.

—¿Qué es esto? preguntó la reina. Es que Pedro de Fivallé ha terminado su encargo, y debo ya juntarme con él. Conque ya sabéis, señora, que mañana tendréis aquí al rey vuestro esposo, y que mañana hallaréis en vuestros brazos á la tierna princesa.

Mi esposo, no; mi hija, sí; murmuró entre dientes la reina con honda melancolía.

El almogávar hizo una profunda reverencia y salió. A la puerta del aposento halló á Castana.

—¿Tan pronto te vas? le dijo esta.

—Tan pronto, respondió él; y á fe que lo siento en el alma, porque has de saber, hechicera muchacha, que lo que nunca me ha sucedido, ahora me sucede, que les desear tu habla de jilguero, y tus ojos de endrina, y tu andar de venado, y tu talle flexible como la mimbre, y ese tu pie tan breve que no parece tuyo sino de una niña recién nacida. Y en Dios y en mi ánima que á no ofenderte, quisiera departir contigo esta noche en puridad; que bien puedes fiar en mí, pues soy aunque rudo montañés, fidelísimo en guardar secretos y promesas, y porque conmigo estés ó hables, no ha de pararte mal alguno.

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré escala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

—Sí que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me esperan.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento.

Castana no contestó, y se puso colorada.

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la reina; que Aznar te querrá honradamente, y ya os heredaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vuestro matrimonio mas feliz que el mio!

MAXIMA ANTIGUA.



Quando Aznar llegó al patio del alcázar, se encontró allí con su compañero Pedro de Fivallé.

El rey de armas estaba rodeado de heraldos y escuderos, y soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué hay? le preguntó Aznar.

—Que las córtes de Aragon reunidas por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer mas por rey á don Ramiro, y han

—Eso creo yo muy bien, Aznar, dijo Castana, y si quieres, ven á la media noche al pié de la torre donde están estos aposentos; que yo te arrojaré escala por donde subas á ella, pues has de saber que como esta torre cae detras del muro y está tan alta y no hay ruido de enemigos, suele andar sin atalaya.

—Sí que vendré, Castana, y no hay mas que hablar en ello, y queda con Dios que abajo me esperan.

—Mucho hablaste con Aznar, le dijo la reina á Castana cuando volvió á su aposento.

Castana no contestó, y se puso colorada.

—No te ruborices, mi fiel Castana, añadió la reina; que Aznar te querrá honradamente, y ya os heredaremos de manera que paseis muy bien la vida como buenos esposos. ; Quiera el cielo hacer vuestro matrimonio mas feliz que el mio!

No os contentéis con pisar la cola de la serpiente.

MAXIMA ANTIGUA.

Quando Aznar llegó al patio del alcázar, se encontró allí con su compañero Pedro de Fivallé.

El rey de armas estaba rodeado de heraldos y escuderos, y soldados con antorchas encendidas.

—¿Qué hay? le preguntó Aznar.

—Que las córtes de Aragon reunidas por su propia autoridad y convocatoria en este alcázar, se niegan á reconocer mas por rey á don Ramiro, y han